

## Santos para la patria

Dolores Bravo

Antonio Rubial, *La santidad controvertida*, México, FCE/UNAM, 1999.

No es nada fácil encontrar en la escritura de un especialista en una rama del conocimiento, las excelencias y las características de un discurso ajeno. Aunque los saberes humanísticos se hermanan en la riqueza necesaria de diversas y múltiples disciplinas, el filósofo posee una escritura genérica que lo guía por la senda del lenguaje hermenéutico y denotativo; el historiador se inclina, en términos generales, por la descripción e interpretación de documentos y sucesos que se arraigan en la controvertida diacronía de los tiempos, y el literato busca en sus ensayos la aplicación de una metodología crítica pertinente para el análisis de un texto artístico que no pierda en la interpretación teórica su esencia poética e imaginativa.

Las palabras anteriores cobran un sentido al hablar de la obra de Antonio Rubial, uno de los historiadores más destacados en nuestro contexto. Su trayectoria en esta disciplina reúne una obra vasta e importante. Desde sus primeros escritos nuestro autor ha logrado un no común y no fácil equilibrio entre el discurso histórico y un estilo pleno

de implicaciones descriptivas, narrativas incluso, sugerente y creativo que lo acercan a la escritura literaria. Su inclinación hacia la literatura lo condujo a escribir una espléndida novela que, basada en un proceso inquisitorial descubierto en el Archivo de Indias, posee una indudable sustancia ficcional: *Los libros del deseo*. De ella podemos decir que cumple con la elogiosa ambigüedad de ser a la vez novela histórica o historia novelada.

El último libro de Antonio Rubial, el que ahora celebramos, conjuga su sólido y muy bien cimentado saber de historiador con su muy propio estilo de escritor que se solaza en un estilo pleno de giros sugerentes y de periodos sintácticos de rica prosa que recrea con sabrosura su interpretación de los documentos analizados. Me atrevería a decir que, incluso el tema elegido para su tesis doctoral que ahora se cristaliza en este libro, tiene mucho de literario. En realidad la hagiografía, como dice Michel de Certeau, "es un género literario", que se conforma con la tipología de un héroe que no sólo contiene en sus rasgos modélicos la categoría de lo ejemplar sino sobre todo la de lo maravilloso y de lo sobrenatural. Es así que *La santidad controvertida* conjuga en una equilibrada estructura verbal a la musa

de la Historia y a la de la Poesía, que se hermana ya desde los hemistiquios de la poesía homérica, como bien percibe sor Juana en *El sueño*.

La primera parte del libro contiene una profunda disertación teórica de índole teológica e histórica acerca de la santidad y su evolución idiosincrática en el desarrollo del cristianismo. Se patentiza la naturaleza del culto, tanto el rural como el que las ciudades ofrendaban a sus figuras de santidad. De gran interés para el lector es la correlación canónica de la santidad con los grandes dogmas católicos como la resurrección de los muertos en unión de cuerpo y alma, contenido como artículo de fe en el credo apostólico. Retomemos las palabras de Antonio cuando nos confirma lo siguiente:

Junto con la Encarnación, los teólogos resaltaron también los dogmas de la Resurrección de la carne, de la Ascensión de Cristo y de la Asunción de María; con ello se introducía la posibilidad de la presencia corporal en el más allá y se revalorizaba el papel del cuerpo como un medio de elevación, como un instrumento de salvación. La misma significación tuvo la insistencia en el dogma de la presencia real de Cristo en la

Eucaristía y de los milagros asociados a su cuerpo y a su sangre.

Esta necesidad de fusionar lo corpóreo con lo espiritual es la que populariza a la santidad femenina. Paralelo al culto a los diversos santos y santas, se incrementan los ritos que se oficializan, al tiempo que se controlan para no exacerbar las supersticiones, que van de la mano en la veneración a los santos como objetos de beneficio colectivo y de portentos inexplicables.

Los vasos comunicantes entre literatura e historia no se manifiestan solamente en la creatividad estilística del autor, sino en el estudio teórico de la interrelación entre ambas como discursos, como categorías culturales que forman parte de la escritura hagiográfica. La penetración que en la conciencia de los fieles posee la ejemplaridad de los seres de espiritualidad superior, forma parte de un inconsciente colectivo que se fortalece con el paso mismo del tiempo, en el que la Iglesia consolida su poder, y refiere las vidas de sus grandes paradigmas de santidad y perfección desde los primeros mártires hasta la ya estructurada biografía del primer gran padre y doctor de la Iglesia latina, san Agustín. El registro de protagonistas va a ser muy amplio, como señala Rubial, y va a abarcar fundadores de órdenes monásticas, reyes, predicadores, reinas, laicos ascéticos, entre otros. La exaltación de sus vidas se inserta, asimismo, en modelos narrativos y retóricos que siguen un programa genérico que, al igual que en las novelas, recorre la historia de una vida, y refiere los principales episodios y vicisitudes que conforman al personaje protagónico. La inserción de vidas edificantes se expresa en diversos escritos religiosos como son las crónicas de órdenes, doctrinas cristianas, devocionarios, sermonarios, además,

claro, de las hagiografías propiamente dichas. Para citar un ejemplo, vemos que el cardenal Belarmino, en su *Doctrina Cristiana, escrita para "idiotas"*, o sea fieles neófitos, infantiles o ignorantes, recurre constantemente a ejemplos de vidas edificantes, de milagros espectaculares, de arrepentimientos estremecedores que refuerzan con gran efectismo aquello que el cristiano debe creer, obrar o evitar, y esperar para la vida perdurable. También registra Rubial la influencia que tuvo la narración hagiográfica a partir de la difusión de *La leyenda dorada*, de Santiago de la Vorágine. El historiador señala, asimismo, las disposiciones y restricciones impuestas por Urbano VII en el siglo XVII, quien "...prohibió imprimir libros que contuvieran sugerencias de santidad, milagros o revelaciones, sin que tuvieran la aprobación explícita de la Iglesia a través de la Sagrada Congregación de Ritos". Ejemplo fehaciente de esta orden del pontífice son las protestas del autor, que están presentes como requisito de impresión en todas las vidas escritas por novohispanos. Modelo de esta sumisión a las disposiciones dogmáticas que avalan la ortodoxia de los escritores es la protesta de Sigüenza en el *Parayso Occidental*, quien expresa: "Y assi las palabras Santidad, Santa, Bienaventurada, Gloriosa, Virtud heroyca, Revelación, Vision, Profecía, Milagro... que aquí se expresan, de ninguna manera son para que se les dé culto, veneración ni opinión de Santidad pues esta solo la califica la Catholica Iglesia a quien me postro y me humillo como su hijo."

El ámbito en el que florece como auténtico fruto de santidad la hagiografía novohispana es en el siglo de Sor Juana y de Sigüenza; es en el Barroco, cuando el principio estético de equilibrio se significa en la polaridad de sus excesos y contrastes.

La hagiografía y su popularidad desmesurada en el XVII y parte del XVIII es la sublimación discursiva de una cultura que convoca a grado límite las antípodas para lograr su más perfecta expresión en el genio de la Fénix de México. Las luces y sombras de la vida de ella, de sor Juana, confirman el papel decisivo de la Iglesia, tópico que Antonio Rubial trata con profundidad. De esta institución afirma:

Los eclesiásticos eran, por tanto, los únicos que podían construir un discurso coherente y efectivo, un discurso que penetrara en las prácticas cotidianas. Sólo ellos poseían, gracias a su condición estamental, las herramientas para crear una cultura que cohesionara una conciencia colectiva; sólo ellos, por medio de su instrucción y del monopolio que ejercían sobre las instancias culturales, podían ser los artífices y los difusores de los nuevos códigos de socialización, códigos que, sin embargo, no eran originales ni autónomos, pues estaban inscritos en la cultura occidental, de la que Nueva España formaba parte desde el siglo XVI.

La Iglesia, para ejercer el dominio de las conciencias, despliega un espléndido y variado programa ideológico por medio del cual arraiga la religiosidad en la Nueva España y que Rubial clasifica en tres fases. Al hablar de la primera nos indica con su hermosa prosa ensayística, cómo el espacio geográfico y el espiritual se fusionan en la evangelización para lograr un sublime programa providencialista y escatológico. Posteriormente, sigue lo que él llama "la sacralización del espacio", formado por el simbolismo espiritual de los apóstoles muertos en las nuevas tierras y por los santuarios y lugares de culto que se esparcían con gran

celeridad. La fase más importante es la “religiosidad criolla”, que en la plenitud de la expresión barroca codifica al entorno natural como su propio reflejo; es en ese tiempo cuando surge el máximo signo de identidad novohispano que es la virgen de Guadalupe, a la que acompañan a lo largo de toda la geografía física y espiritual, un gran número de imágenes marianas que cristalizan en el criollo novohispano la apropiación ideológica y cultural de su territorio.

El sentimiento criollo ante la marginalidad de los europeos produce una abundante literatura hagiográfica y pretende que los personajes que han buscado la santidad a lo largo de su existencia (máximo valor trascendente para el cristiano), recorran el camino y las etapas que los conduzcan a la perfección. El autor elige a cinco modelos: tres peninsulares y dos criollos, quienes ante la política del estado español y la burocracia excesiva de la Santa Sede no serán elevados a los altares. Se escriben hagiografías acerca de ellos que se apegan a los modelos retóricos del género. El literato que hay en Antonio Rubial toma muy en cuenta el indispensable valor que juega la retórica como arte de la argumentación y de la persuasión para lograr los tres propósitos esenciales del género hagiográfico: “Esas funciones se pueden resumir en tres aspectos: espejo de virtudes (*docere*), emulación patriótica (*movere*) y entretenimiento (*delectare*). La retórica, con su ordenamiento de las partes del discurso, con su dictado en el uso de los tropos y de las figuras de pensamiento y con la función significativa de que las dota, va a lograr en los textos hagiográficos la fusión de los niveles semiótico y semántico del discurso...”

Al fusionar de nuevo la historia y la literatura, Rubial nos adentra en los cinco modelos de santidad que

poseen un rol dual: el histórico-ideológico-cultural, y el literario que les otorga su valor protagónico particular dentro de las especificidades retóricas que cada personaje representa según su función dentro de su jerarquía, y la acción que despliega según su función modélica. El enunciado de cada personaje dramatiza la acción de su vida y lo designa como un paradigma de santidad que encierra la labor universal de la Iglesia católica: el ermitaño, el mártir, la religiosa, el obispo y el misionero. Cada uno de ellos da respuesta a las necesidades que los criollos tienen para demostrar al mundo el signo de elección divina que a la Nueva España le otorga Dios. En todos se simboliza la necesidad espiritual que totaliza la santidad en cada momento de la historia de la salvación para su “patria” como ya llaman los criollos del siglo XVII a su tierra. De entre los cinco elegiremos a dos para poder explayarnos un poco más en su doble hagiografía: la que se escribe de ellos en su contexto histórico-literario y la que renueva y reinterpreta Antonio Rubial en su libro, inagotable para cualquier lector, sea o no especialista en alguna disciplina humanista.

Muchos años después de que los primeros frailes cumplieron con creces la labor apostólica que se les encomendó para liberar del demonio y de la idolatría a los naturales de las Indias Occidentales: “...llegaba a la Nueva España un fraile valenciano llamado Antonio Margil de Jesús, fundador de dos colegios (de Propaganda Fide) más, predicador y sacerdote ejemplar. Con él, los franciscanos obtenían por fin al candidato ideal, no sólo para hacerlo objeto de una abundante hagiografía y para proponerlo a Roma para su veneración universal, sino también para construir alrededor de él una segunda edad dorada. Fray Margil fue para la Nueva España del siglo XVIII

el modelo más acabado del misionero”. Este franciscano va a renovar la labor apostólica original de la primitiva evangelización llevada a cabo por los primeros doce. El investigador se va a centrar sobre todo en la biografía que de Margil escribe el criollo Isidro Félix de Espinosa y que ostenta el sugestivo título de *El peregrino septentrional atlante delineado en la exepiarísima vida del venerable padre fray Antonio Margil de Jesús*. Las tres designaciones principales del título nos refieren la ciclopea labor de este gigante de la evangelización, llevada a cabo en las inhóspitas y salvajes tierras del norte de la Nueva España. Antonio Rubial señala la originalidad de esta hagiografía publicada en 1737, nueve años después de muerto Margil. La diferencia entre las biografías ejemplares plenamente idealizadas y la de Espinosa, es que en ésta ya se observa un tono más prosaico y fáctico y una visión crítica y pesimista que la acercan más a “...la historiografía crítica que a la hagiografía”. Espinosa descubre y describe una realidad muy alejada de los modelos utópicos de la labor misionera original: la idolatría no se ha desterrado después de más de cien años de conquista espiritual, y lo que es peor aún, los vicios se enseñorean de los habitantes de las ciudades. La lucha del misionero contra el demonio resulta infructuosa por la resistencia que la mayoría de la población tiene para doblegarse a las normas de la cultura oficial. Las aventuras y las estrategias de fray Margil de Jesús recorren diversos grados de una “puesta en escena” que trata de conmovir a los fieles, renuentes, a pesar de la espectacularidad de sus acciones como recorrer con sus milagrosos “cacles” en unos cuantos minutos jornadas que normalmente llevarían varios días. La hagiografía de Espinosa muestra una evangelización muy distin-

ta a la que refieren los primeros cronistas franciscanos, como concluye Rubial: “A diferencia de Mendieta, que veía la edad dorada desde la perspectiva de una iglesia colonial, Espinosa concibe el espacio eclesiástico novohispano como un cuerpo autónomo, adulto y que se expande por sus propias fuerzas.”

Junto con Bartolomé Gutiérrez, agustino muerto como mártir en el Japón, María de Jesús Tomellín, “el lirio de Puebla”, es la otra criolla entre los cinco protagonistas del libro de Antonio Rubial. Es la única mujer, y responde a uno de los modelos de santidad más populares de la época colonial, la de la religiosa, quien es la sublimación más perfecta del ideal femenino, la esposa de Cristo. Fue hija de confesión del prestigiado jesuita Miguel Godínez —uno de los padres espirituales de monjas más célebres en su entorno—, e inspiró varias hagiografías. Rubial analiza, en especial, la obra de Francisco Pardo, que le atrae entre otras cosas porque: “en cuanto a orden narrativo, siguió la misma secuencia de la hagiografía tradicional”. Después de referir el orden secuencial de la narración, que se

ajusta a la cronología de la protagonista, y a las convenciones de elegida para la vida monástica, el investigador recalca lo siguiente: “Virtudes, visiones y milagros que suceden a través de cientos de anécdotas, estructuradas conforme a las reglas de la retórica... Todos los temas de la literatura hagiográfica están presentes a lo largo de los treinta y nueve años que sor María habitó en el convento. El último tratado alude a su muerte y a los prodigios que realizaron sus reliquias.” Es muy interesante lo que señala el autor con relación a los arrobos y visiones de la heroína hagiográfica: “Una imaginación nutrida con la contemplación de la riqueza plástica del Barroco, con la lectura de textos edificantes y con la viveza retórica de los sermones creaba este arsenal de imágenes que alimentaban sus visiones.” Quisiera concluir mi exposición con la espléndida lectura que hace Antonio Rubial de la muerte de la religiosa, del simbolismo prodigioso que representa su cuerpo y de las curaciones logradas por sus reliquias: “Para curarse de un tumor, cuenta Pardo, una monja había utilizado la tierra de la tumba

de la sierva de Dios mezclada con barro del santuario de San Miguel. ¿A cuál de las dos reliquias debía atribuirse la curación? El regreso del dolor y la aplicación de la religiosa muerta en santidad dio a esta última el triunfo en tal competencia de prodigios, claro está a una concesión caballerosa del arcángel.” Las reflexiones que hace Rubial sobre la hagiografía de las religiosas permean no sólo el ámbito de la clausura femenina, sino sirven de edificación y anhelo de perfección a todos los estratos de la sociedad. Incluso son un eficaz antídoto en contra de las ilusas y falsas visionarias perseguidas por el control inquisitorial; recuerda Antonio: “La vida intachable de las religiosas haría aparecer a las falsas beatas a la luz de los textos hagiográficos, como burdas imitaciones.”

Quisiera terminar mi comentario de este libro impregnado de prodigios, retomando las consideraciones que hice al inicio: en Antonio Rubial, al contrario de lo que dice Aristóteles, no existe una supremacía de la poesía sobre la historia, pues *La santidad controvertida* las fusiona y las equilibra a la perfección.

## Guanajuato: minería e inversiones

### Alma Parra

Francisco Javier Meyer Cosío, *La minería en Guanajuato (1892-1913)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad de Guanajuato, 1998, 255 pp.

A ningún habitante de la ciudad de Guanajuato le cabe la menor duda

de la importancia histórica de la minería para su localidad: Las sinuosas y accidentadas calles que recorre diariamente son la más fiel evidencia de una ciudad forjada en el esfuerzo de la extracción de minerales, de su tratamiento y de la inclusión, directa o indirecta, de buena parte de la población en las tareas

relacionadas con ello. No obstante, esa vivencia cotidiana con la minería que los habitantes de esa ciudad —que según Humboldt fue una vez productora de “una cuarta parte de toda la plata mexicana y la sexta de toda América”, y que posteriormente fue el imán de grandes capitales del exterior— es todavía un